

# A La Otra Orilla Del Río, A Través Del Bosque

**Clifford D. Simak**

Aquellos dos chiquillos decían que ella era su abuela, pero era imposible Y sin embargo...

Los dos chiquillos vinieron caminando afanosamente por el sendero. Era la época de hacer conserva de manzanas, cuando florecían las primeras varas de San José y se desplegaban las margaritas silvestres. Cuando Mrs. Forbes reparó en ellos desde la ventana de la cocina, parecían unos niños que vinieran de la escuela, pues ambos llevaban un saco en el cual podían estar sus libros. Como Carlos y Santiago, como Micia y Margarita... pero ya se hallaban en un lejano pasado la época en que estos cuatro hablan atravesado el sendero en sus diarios recorridos a la escuela. Ahora tenían hijos propios que iban a ella.

Volvió al fogón a remover las manzanas que cocían, para las que esperaban sobre la mesa los tarros de ancha boca, y luego miró de nuevo a través de la ventana de la cocina. Los dos niños se hallaban ya más cerca y vio que el chico era el mayor de los dos... diez años, acaso, y la muchachita no más de ocho.

Pensó que podrían ir de paso, aunque aquello no parecía probable, pues la senda conducía a su granja y a ninguna otra parte.

Los chiquillos dejaron el sendero y penetraron en el caminito que conducía a la casa, siguiendo tenazmente por él. No había ninguna vacilación en ellos; sabían a dónde estaban yendo.

Se dirigieron a la puerta de rejilla de la cocina y se detuvieron ante ella, quedándose mirando a la mujer.

El muchachito dijo:

- Tú eres nuestra abuela. Papá dijo que teníamos que decirte en seguida que eras nuestra abuela.

- Pero eso no es... - dijo ella, y se detuvo. Había estado a punto de decir que ello era imposible, que ella no era su abuela. Y mirando a las serenas caritas infantiles, se sintió contenta por no haber pronunciado aquellas palabras.

- Yo soy Elena - dijo la niña, con voz de flauta.

- Vaya, es extraño - dijo la mujer -. Ese es también mi nombre.

El chiquillo dijo:

- Yo me llamo Pablo.

Mrs. Forbes abrió la puerta y los pequeños entraron, quedándose callados, examinándolo todo en derredor, como si nunca hubiesen visto una cocina.

- Es igual a como papá dijo - manifestó Elena -. Ese es el fogón, y la mantequera, y...

El muchachito la interrumpió:

- Nuestro apellido es Forbes - dijo.

- ¿Cómo?, eso es imposible dijo. También ese es nuestro apellido.

El muchachito asintió solemnemente:

- Sí, sabíamos que lo era.

- Quizá queráis un poco de leche y pastelillos - dijo la mujer.

-¡ Pastelillos! - exclamó Elena con un chillidito encantador.

- No queremos causar ninguna molestia - dijo el chico. Papá dijo que no debíamos molestar.

- Dijo que debíamos ser buenos - añadió Elena con su aflautada vocecilla.

- Estoy segura de que lo seréis - dijo la mujer- y no causáis ninguna molestia.

En unos momentos había conseguido enderezarlo todo, pensó. Fue al fogón y apartó a un lado el caldero con las manzanas, para que cocieran lentamente.

- Sentáos a la mesa - dijo a los pequeños -. Voy a traer la leche y los pastelillos.

Lanzó una ojeada al reloj de pared, que punteaba los minutos sobre el anaquel. Casi las cuatro. Dentro de poco volverían los hombres del campo. Jackson Forbes sabría qué hacer; siempre lo había sabido.

Los pequeños treparon a dos sillas, sentándose con solemnidad y mirándolo todo atentamente en derredor, al reloj de pared desgranando su tictac, al fogón con su madera ardiendo y el fulgor de las llamas en su tiro, a la leña apilada en su cajón, y a la mantequera que se hallaba en la esquina.

Pusieron sus sacos en el suelo junto a ellos, y la mujer se fijó en que eran unos sacos extraños. Estaban hechos de tejido grueso o lona, pero no tenían cuerdas o correas para sujetarlos. Sin embargo, a pesar de no tener cuerdas o correas, estaban cerrados.

-¿Tienes algunos sellos? - preguntó Elena.

-¿Sellos? - preguntó a su vez Mrs. Forbes.

- No le hagas caso - dijo Pablo. No debiera habértelos pedido. Los pide a todo el mundo, aunque mamá le dice que no lo haga.

-¿Pero, sellos?

- Los colecciona. Anda siempre cogiendo cartas. Por los sellos, ¿sabes?

- Bueno, pues sí que debo tener algunas cartas antiguas - dijo Mrs. Forbes -. Luego las buscaremos.

Fue a la despensa y tomó el jarro de loza con leche, y llenó un plato con pastelillos del tarro. A volver vio a los niños sentados muy formalitos, en espera de los pastelillos.

- Estaremos aquí sólo poco tiempo - dijo Pablo. Un breve asueto. Luego vendrán a buscarnos de casa para volvernos a llevar.

Elena asintió vigorosamente con la cabeza.

- Eso es lo que nos dijeron cuando nos fuimos. Cuando yo tuve miedo de marcharme.

-¿Tuviste miedo de marcharte?

- Sí. ¡ Era todo tan raro!

- Quedaba tan poco tiempo... casi nada - dijo Pablo y tuvimos que salir tan pronto...

-¿De dónde sois? - preguntó Mrs. Forbes.

- Pues - respondió el muchachito de poca distancia de aquí. Caminamos no mucho y además teníamos el mapa. Papá nos lo dio y nos lo explicó todo cuidadosamente...

-¿Estáis seguros que vuestro apellido es Forbes?

Elena sacudió la cabeza afirmativamente, diciendo al mismo tiempo:

- Pues claro que lo es.

- ¡ Qué raro! - dijo Mrs. Forbes. Y resultaba más que raro, pues no había otros Forbes en la vecindad excepto sus hijos y nietos. Y aquellos dos niños, dijeran lo que dijeren, eran extraños.

Los dos pequeños estaban ahora ocupados con la leche y los pastelillos, y Mrs. Forbes volvió al fogón y puso de nuevo el caldero con las manzanas en el fuego, removiendo la fruta con una cuchara de madera.

- ¿Dónde está el abuelo? - preguntó Elena.

- En el campo. Ya vendrá pronto. ¿Habéis terminado con vuestros pastelillos?

- Los hemos acabado todos - dijo la chiquilla.

- Entonces pondremos la mesa y haremos la cena. Quizá os gustará ayudarme.

Elena saltó de su silla, diciendo:

- Pues claro que si.

- Y yo - dijo Pablo - traeré un poco de leña. Papá dijo que debía ayudar. Dijo que podía traer la leña, y dar de comer a los pollitos, y recoger los huevos, y...

- Pablo - dijo Mrs. Forbes -. Podría ayudar el que me dijese lo que hace tu padre.

- Papá - respondió el muchachito es ingeniero temporal.

Los dos jornaleros estaban sentados a la mesa de la cocina, con el tablero de damas entre ellos. El matrimonio se hallaba en la salita de estar.

- Nunca verás algo semejante - decía Mrs. Forbes -. Había una pieza de metal y tirabas de ella, y corría a lo largo de otra tira de metal, y el saco se abría. Y tirabas en la otra dirección, y el saco se cerraba.

- Algo nuevo - dijo Jackson Forbes -. Deben haber muchas cosas de las que no hemos oído hablar por estos remotos lugares. Hay inventores que sacan toda clase de cosas.

- Y el muchachito - dijo ella - tiene la misma cosa en sus *pantalones*. Los tomé de donde los habla tirado cuando se fue a la cama, y los plegué y los puse sobre la silla. Y vi esa tira de metal con los bordes como mellados. Y la ropa que lleva. Los

pantalones del chico están cortados sobre sus rodillas, y el vestido de la niña es tan corto...

- Hablaban de unos artefactos - murmuró Jackson Forbes-, algo que al parecer se emplea para que viaje la gente. Y de cohetes... como si hubiese cohetes cada día y no precisamente en la Tierra.

- No podíamos interrogarles, desde luego - dijo Mrs. Forbes-. Hay algo en ellos... algo que noté...

Su marido asintió.

- Ellos estaban asustados también.

-¿Estás tú asustado, Jackson?

- No lo sé - respondió él -, pero no hay otros Forbes. No por aquí, quiero decir. Carlos es el más próximo y está a cinco millas. Y ellos dijeron que habían caminado sólo un poco.

-¿Qué vas a hacer? - pregunto ella -. ¿Qué podemos hacer?

- No lo sé exactamente - respondió él -. Ir a la cabeza del partido y hablar con el oficial de justicia, acaso. Esos pequeños deben haberse perdido. Alguien debe estar buscándolos.

- Pues no actúan como si estuviesen perdidos - arguyó ella - Sabían que venían aquí. Sabían que nosotros estaríamos aquí. Me dijeron que yo era su abuela y luego preguntaron por ti y te llamaron abuelo. ¡ Y están tan seguros! No actúan, no, como si fuesen extraños. Les han hablado de nosotros. Dijeron que estarían aquí poco tiempo y así es como actúan. Como si únicamente hubiesen venido de visita.

- Creo - dijo Jackson Forbes que voy a enganchar la yegua después del desayuno y daré una vuelta por la vecindad, para hacer algunas preguntas. Acaso habrá alguien que pueda decirme algo.

- El chico dijo que su padre era un ingeniero temporal. Eso no tiene sentido. Temporal significa el poder mundano y la autoridad, y...

- Podría ser alguna chanza - respondió el marido -. Algo que el padre dijo en broma y el chico tomó al pie de la letra.

- Creo que voy a subir y ver si están dormidos - dijo Mrs. Forbes -. Y si han apagado las lámparas. Son tan pequeños, y la casa les es tan extraña... Si están dormidos, se las apagaré.

Jackson Forbes gruñó su aprobación.

- Es peligroso – dijo - dejar las lámparas encendidas de noche. Hay demasiada probabilidad de incendio.

El pequeño estaba dormido, echado de espaldas, con el sueño profundo y saludable de los niños. Había tirado su ropa al suelo al desnudarse, pero ahora la tenía muy bien plegada en la silla, donde Mrs. Forbes la había puesto cuando fue a la habitación a dar las buenas noches.

El saco estaba junto a la silla, abierto, reluciendo difusamente las dos tiras de metal mellado al tenue resplandor de la lámpara. En su umbrroso interior percibíanse oscuras formas de efectos mezclados desordenadamente, no dispuestos como debían estarlo en un saco.

Mrs. Forbes se detuvo, tomó el saco y lo puso sobre la silla, asiendo luego la trabilla metálica para cerrarlo. Por lo menos, se dijo a sí misma, debía estar cerrado y no abierto. Deslizó pues suavemente la trabilla por las tiras de metal, deteniéndose al ser obstruido el recorrido por un objeto que asomaba del interior.

Vio que era un libro y se dispuso a ponerlo de manera que pudiera cerrar el saco. Pero al hacerlo vio el título en su lomo, en letras de opaco dorado... Santa Biblia.

Vaciló un instante, con sus dedos asiendo el libro, y luego lo sacó lentamente. Estaba encuadernado en costoso cuero negro, con su brillo amortiguado por el tiempo. Los bordes estaban resquebrajados y el cuero ajado por un largo uso. El dorado del canto de las hojas estaba desvaído.

La abrió vacilante y allí, sobre la hoja de guarda, apareció la dedicatoria ya desteñida:

*A la hermana Elena, de Amelia*

*30 de octubre de 1896 Por muchos años.*

Sintió aflojarse las rodillas y las dejó posar cuidadosamente sobre el suelo, donde, agazapada junto a la silla, volvió a leer la dedicatoria.

*30 de octubre de 1896...* Era ciertamente su cumpleaños, pero aún no había llegado, puesto que apenas estaban en el comienzo de septiembre de 1896.

Y la Biblia... ¿qué edad tendría aquella Biblia que mantenía en sus manos? Cien años, quizá acaso más.

Una Biblia, pensó... exactamente la clase de regalo que Amelia quería hacerle. Pero un regalo que no se lo había hecho todavía, uno que no podía ser hecho aún, pues el día que estaba señalado en la hoja de guarda se encontraba a un mes en el futuro.

No podía ser aquello, desde luego. Se trataba de alguna especie de estúpida broma. O una coincidencia, quizá. En alguna otra parte había alguien que se llamaba también Elena y tenía una hermana que asimismo se llamaba Amelia, y la fecha era un error... alguien había escrito el año equivocado. Era cosa fácil de suceder.

Pero no estaba convencida. Ellos habían dicho que su apellido era Forbes y habían venido directamente allí, y Pablo había hablado de un mapa indicador del camino.

Acaso había otras cosas en el interior del saco. Lo miró y sacudió la cabeza. No debía hurgarlo. Había hecho mal en sacar la Biblia.

El 30 de octubre tendría cincuenta y nueve años... una vieja granjera con hijos e hijas, y nietos que venían a visitarla los fines de semana y en vacaciones. Y una hermana Amelia también que en este año de 1896 quería obsequiarle una Biblia como regalo de cumpleaños.

Sus manos temblaban cuando alzó la Biblia y la volvió a meter en el saco. Tenía que contarle a Jackson cuando bajara. Él podía tener alguna idea sobre la cuestión, y sabría lo que hacer.

Metió, pues, el libro de nuevo en el saco, tiró la trabilla y lo cerró. Lo volvió a poner en el suelo, y miró al muchachito tendido en la cama. Seguía dormido como un tronco, por lo que apagó la lámpara.

En la habitación contigua dormía la pequeña Elena, de bruces, igual que una muñeca. La tenue flama de la lámpara titilaba bajo la brisa que penetraba por la abierta ventana.

El saco de Elena estaba cerrado y alineado junto a la silla, en un buen sentido de la pulcritud. La mujer lo miró y vaciló durante un momento, moviéndose luego en torno a la cama hasta donde se hallaba la lámpara sobre la mesita de noche.

Los chiquillos estaban dormidos y todo estaba en orden, por lo que no tenía más que apagar la lámpara y bajar a hablar con Jackson. Y quizá así él no tendría que enganchar la yegua a la mañana siguiente, e ir a hacer preguntas por la vecindad.

Mas al inclinarse para apagar la lámpara vio el sobre en la mesita de noche, con los dos grandes sellos multicolores pegados en su esquina superior.

Qué lindos sellos!, pensó. Nunca había visto otros tan bonitos. Se inclinó para mirarlos mejor, y entonces vio grabado el nombre de Israel sobre ellos. Israel. Pero si no existía tal nación! Era un nombre de la Biblia, pero no un estado. Y si no era una nación, ¿cómo podía tener sellos? Tomó el sobre y examinó los sellos, para asegurarse de que había visto bien. Preciosos sellos! Los colecciona... Pablo lo ha dicho. Anda siempre cogiendo cartas de los demás.

El sobre llevaba una estampilla, y al parecer una fecha, pero todo ello estaba muy borroso y no pudo sacar nada en claro.

El borde de una carta asomaba ligeramente por la esquina del rasgado sobre. La sacó, jadeando en su prisa por leer el contenido, al par que sentía una helada punzada de miedo en su corazón.

Vio que sólo era el final de una carta, la última página de una carta y estaba en letras de molde y no manuscrita... con caracteres como los que se ven en los libros.

Acaso estaba hecho por Uno de esos aparatos de nuevo cuño que tenían en las oficinas de las grandes ciudades, pensó, y de los que habla oído hablar. Máquinas de escribir... ¿era así cómo los llamaban?

*No creas, decía la única página, que tu plan es factible. No hay tiempo. Los ajenos nos cercan, y no nos darán ocasión.*

*Y además hay la ulterior consideración de su ética, aun en el caso de que pudiera llevarse a cabo. No podemos, en toda conciencia, retrotraernos al pasado y enviar nuestros problemas .~ la gente de hace un siglo. Piensa en los nuevos problemas que se crearían para ellos, en la confusión económica y en el efecto sociológico.*

*Si crees que debes, cuando menos, enviar atrás a los chicos, piensa un momento en el desquiciamiento que se operará en esas dos puras almas cuando se percaten de la verdad. El suyo es un mundo pulcro y sólido... seguro e incólume y firme. Los conceptos de ese loco siglo destruirían cuanto tienen, todo en lo que creen.*

*Pero supongo que no puedo atreverme a aconsejarte. He hecho lo que pedías. Te he escrito cuanto sé de nuestros antepasados de aquella granja de Wisconsin. Como historiador de la familia, estoy seguro de que mis datos son exactos. Empléalos como creas conveniente y Dios se apiade de todos nosotros.*

*Tu amante hermano,*

*Jackson*

*P.S. Una su gerencia. Si envías a los chicos, podrías hacerlo con una generosa provisión de la nueva droga preventiva del cáncer. La tatarabuela Forbes murió en 1904 de lo que sospecho era esta enfermedad. Con estas píldoras podría haber vivido otros diez o veinte años. ¿Y qué habría supuesto ello, te lo pregunto, hermano, para este embrollado futuro? No pretendo saberlo. Puede salvarnos a nosotros. O bien matarnos más pronto. O acaso pueda no surtir efecto alguno. Te dejo el acertijo.*

*Si puedo acabar el trabajo aquí y escaparme, estaré contigo al final*

Volvió a deslizar mecánicamente la carta en el sobre y lo dejó sobre la mesa, junto a la resplandeciente lámpara, dirigiéndose luego lentamente a la ventana que daba al desierto sendero.

Vendrán a recogernos, habla dicho Pablo. ¿Pero cuándo vendrían? ¿Podrían acaso venir alguna vez?

Sintió deseos de que viniesen. ¡Aquellos pobres seres, aquellos infelices chiquillos asustados, cogidos tan lejos en el tiempo!

Sangre de mi sangre, pensó, carne de mi carne, a tantos años de distancia. Pero todavía su carne y su sangre, no importaba como estuvieran desplazados, sino sólo estos dos seres que se encontraban bajo su techo esta noche, sino todos los demás que no habían de ir con ella.

La carta había dicho 1904 y cáncer, y eso sería dentro de ocho años... y ella una vieja entonces. Y la firma había sido Jackson. ¿Un antiguo nombre de familia, se preguntó, continuado y proseguido, una larga cadena de seres que llevaron el nombre de Jackson Forbes?

Se sentía yerta y embotada. Después se sentiría espantada. Después desearía no haber leído la carta, ignorar su contenido.

Pero ahora debía bajar y contárselo a Jackson de la mejor manera que pudiese.

Atravesó la habitación, y tras apagar la lámpara salió al pasillo.

Una voz salió de la próxima puerta abierta.

-¿Eres tú, abuela?

- Si, Pablo-respondió- ¿Quieres algo?

Desde el umbral lo vio acurrucado junto a la silla, al rayo de la luna filtrándose a través de la ventana, hurgando en su saco.

- Olvidé - dijo el muchachito -, algo que papá me dijo te entregase en seguida.